



## Homilía

### Solemnidad de San Pedro y San Pablo

### 31º aniversario Erección de la Diócesis; 60º aniversario Ordenación Sacerdotal Benedicto XVI

Santa Iglesia Catedral, 29 de junio de 2011

*Sr. Deán; hermanos sacerdotes concelebrantes; hermanos y hermanas, todos:*

Varios acontecimientos celebramos hoy en esta solemnidad de **San Pedro y San Pablo**. En primer lugar, agradecemos al Señor y renovamos nuestra comunión y adhesión al Papa, como sucesor de Pedro, en el 31º aniversario de la erección de la Diócesis de Asidonia-Jerez, por el Beato Juan Pablo II, de feliz memoria. Al mismo tiempo, felicitamos al Santo Padre con motivo de su 60º aniversario de ordenación sacerdotal y culminamos el regalo de 60 horas de oración de adoración al Santísimo, que todas las Diócesis le han ofrendado, impetrando del Señor con este motivo la santificación de los sacerdotes y el aumento de vocaciones para tan importante ministerio.

Y, sobre todo, la liturgia celebra hoy una fiesta apostólica con honda referencia al cimiento de nuestra fe. Por eso, nos detendremos a mirar esas columnas de la Iglesia que son los Apóstoles Pedro y Pablo, ya que evocar sus figuras históricas y sus significados centrales en la Iglesia, celebrando con gozo el día de su martirio como su entrada en la vida eterna -que tan generosamente ganaron siguiendo a Cristo, el Señor-, es reconocer que nuestra fe está fundamentada en ellos.

#### **Pedro, el Apóstol que la confesó**

Hemos escuchado en el Evangelio la pregunta que Jesús hizo a los Apóstoles y la respuesta que Pedro tuvo a bien confesar, haciéndose portavoz de los Doce:

***“Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?”: “Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios Vivo”... “Y tú eres Pedro –le dijo Jesús- y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia..”***

En esta sencilla imagen vemos la profunda conexión que hay entre Jesucristo y la Iglesia, entre el Señor y Pedro, y la íntima comunión que nos une a todos nosotros –la Iglesia- con Jesucristo y los doce Apóstoles. Pero Pedro, para llegar a ser **“roca”** en que se apoya la Iglesia, tuvo que aprender a creer experimentando la gracia de ser sostenido por Aquel que es la **“piedra angular”** de todo el edificio.

Así, a la vez que contemplamos al Pedro de la fe intrépida, que confiesa que Jesús de Nazaret es el Hijo de Dios y el Mesías... recordamos al Pedro de la negación, que en los momentos difíciles y trágicos de la pasión del Señor, por tres veces afirmó y juró que no lo conocía. Pero, a través del camino paradójico de la negación y de la caída, del arrepentimiento y las lágrimas, Pedro purifica y fortalece su fe para constituirse en roca firme para sus hermanos. Así lo escucharon como un clamor gozoso los discípulos de Emaús, cuando en su vuelta al Cenáculo los que estaban reunidos decían: **“Era verdad. Ha resucitado el Señor y se ha aparecido a Simón”** (Cf Lc 24,34).

Todos los que navegamos en la misma barca de Pedro, con la esperanza de llegar al puerto de eternidad y de luz, y a ejemplo del mismo Apóstol, sabemos que nuestra fe es frágil y que a pesar de nuestras debilidades y negaciones, debemos ser signos creíbles de fe en el mundo de hoy, anunciando que Jesús de Nazaret es el Salvador de los hombres. Por eso debemos tener claro que nuestra fe descansa y se apoya en el testimonio de Pedro, roca firme, que proclama en nombre de la Iglesia de todos los tiempos:

*"Tú eres, el Cristo, el Hijo de Dios vivo"... "¿A quién iremos, Señor...? Sólo Tú tienes palabras de vida eterna; y nosotros creemos y sabemos que Tú eres el Santo de Dios" (Jn 6, 68-69).*

Así, de pecador, de negar a Jesús, de su fragilidad, que no es capaz de comprender y aceptar el misterio de la cruz, de estar dormido en la hora de la agonía de Jesús, de negarlo tres veces, pasará después a afirmar por tres veces también: **"Señor tú sabes que te quiero"**. Y recibirá de Jesús mismo el encargo de guiar y conducir a todo el Pueblo santo de Dios: **"Apacienta mis ovejas"**. Por eso sus palabras siempre remiten a Cristo, Buen Pastor y dueño del rebaño:

*"Cristo es la piedra angular sobre la que se edifica la Iglesia ... No se nos ha dado otro nombre en el que podamos ser salvos" (Cf Hec 4, 11s). En Él está nuestra esperanza, de la que estamos llamados a dar razón en medio de los hombres (Cf 1Pe 3, 15s).*

Pedro nos confirma en la fe (cf. Lc 22, 32), nos fortalece y nos anima a no olvidar que nada ni nadie podrá derribar a la Iglesia por él presidida: **"el poder del infierno no la derrotará"** (Mt 16, 18), ya que está asentada en esta misma y única fe que no es producto de la carne ni de la sangre, ni procede de la voluntad humana, de la reflexión, de la habilidad del hombre y de su capacidad organizativa, sino que es don que viene de lo alto, fruto del amor de Dios, como le dijo Jesús al hacerle la promesa:

*"Te daré las llaves del Reino de los Cielos, lo que ates en la tierra quedará atado en el cielo y lo que desates en la tierra quedará desatado en el cielo" (Mt 16, 19)*

Pues bien, teniendo claro que la identidad de la iglesia está enraizada en la confesión de Jesucristo como el Hijo del Dios viviente, renovemos hoy nuestra profesión de fe en Jesucristo como el Señor y en su Presencia activa en medio de nosotros. La Iglesia es el **"Cuerpo"** de Cristo vivo y está llamada a ser –como nos dijo el Concilio Vaticano II- Luz del mundo reflejando a Cristo y **"sacramento universal de salvación"** para todas las gentes, porque a todos abarca su misión (Cf "Lumen Gentium", 1). Por eso, aunque la lectura de los Hechos de los Apóstoles nos mostraba a un Pedro débil, atado, encarcelado y perseguido por predicar el evangelio, veíamos cómo el Ángel, con la fuerza del Resucitado, liberaba al Apóstol para que continuara la misión encomendada.

### **Pablo, el heraldó que la extendió**

Lo cual nos lleva a contemplar a la otra gran figura de la evangelización y columna de la Iglesia: Pablo, heraldo de Cristo, en parecidas circunstancias a las de Pedro. Recordemos sus encendidas palabras a su discípulo Timoteo:

*"Acuérdate de Jesucristo, resucitado de entre los muertos... Por Él estoy llevando cadenas como un malhechor; pero la Palabra de Dios no está encadenada. Por eso todo lo soporto por los elegidos, para que ellos también alcancen la salvación que está en Cristo Jesús con la gloria eterna" (Cf 2 Tim 2, 8-10)*

Pablo, hombre de tierno corazón bajo formas exteriores duras, en el momento que nos relata la segunda lectura, se siente próximo a la muerte, pero está contento de haber luchado y de haber permanecido firme en la fe. Es el Señor quien le ha ayudado y le ha dado fuerzas para anunciar el mensaje. Ha sido la gracia y la misericordia infinita de Dios la que ha hecho posible el encuentro con Jesucristo resucitado, y pasar de perseguidor a ser su testigo.

Su vida, a partir del encuentro con el Señor, camino de Damasco, no se entiende sino como expresión de esta profunda experiencia:

*"Ya no soy yo quien vive, es Cristo quien vive en mí... Para mí la vida es Cristo ... "No me glorío, si no es en la Cruz de Jesucristo.. Y no quiero saber otra cosa sino a Cristo y Éste crucificado". (Cf Gál 2, 19-20)*

Toda su vida, en efecto, será testimonio y anuncio a todas las gentes de la gracia y de la benevolencia de Dios que se nos ha manifestado en Cristo Jesús. Así dirá:

*"Todo lo estimo basura y pérdida comparado con el conocimiento de Jesús", "único mediador entre Dios y los hombres", "en el que Dios nos ha bendecido con toda clase*

*bienes espirituales y celestiales y nos llama a ser santos e irreprochables ante Él por el amor". (Cf Flp 3,8; Ef 1, 3-4)*

Pues bien, hermanos, que él sea nuestro ejemplo -**"¡ay de mi, si no evangelizare!"**, exclamaba (1 Co 9, 16)-, y nos ayude a emprender esa Nueva Evangelización que tanto necesita nuestra sociedad.

### **Pescadores de hombres**

No tengo duda de que en estos tiempos de crisis económica, de valores, de la supremacía del tener sobre el ser, es el momento de la Iglesia. Es el momento de que aparezcan hombres y mujeres capaces de cimentar la sociedad en el amor, la verdad, la justicia y la paz. Y para ello es imprescindible el ministerio sacerdotal.

Es necesario que siga habiendo jóvenes dispuestos a escuchar a Jesús decir: **"Ven y Sígueme"**. Jóvenes dispuestos a vivir la aventura más hermosa y plena de la vocación humana: entrar en la más íntima comunión trinitaria, participando del único sacerdocio de Cristo.

Son necesarios sacerdotes católicos que hagan presente la mediación de Cristo, derramando el amor de Dios, y que lleguen a decir, como el Apóstol **"No no me avergüenzo del Evangelio, que es una fuerza de salvación para todo el que cree"** (cf Rm 1, 16), haciendo posible el encuentro creyente del hombre con Dios, trayendo la salvación, mediante el ministerio de la reconciliación y de la comunión, anunciando y llamando a la conversión cristiana, como la mejor forma de ser hombres y de caminar en la esperanza

Unámonos, por tanto, al Santo Padre en su 60º aniversario sacerdotal y pidamos al Señor que suscite en su Iglesia y en nuestra Diócesis sacerdotes que, impulsados por el ejemplo de los Apóstoles y asistidos de la protección materna de la **Virgen María**, hagan de sus vidas el más hermoso regalo de Dios a los hombres. Sacerdotes que unidos a Cristo, a su Persona, a sus pensamientos y sentimientos, oren y trabajen a favor de la humanidad, ofreciendo el misterio de Dios, su Evangelio, su gracia y su amor, perpetuando las palabras de Cristo como una llamada siempre al amor y a la vida eterna:

*"venid a mí todos los que estáis cansados y agobiados...", "perdonados te son tus pecados"... "amaos como yo os he amado"... "Tomad, comed y bebed", "entra en el gozo de tu señor"...*

Que así sea.

**+ José Mazuelos Pérez**  
Obispo de Asidonia-Jerez